

# *La extrema izquierda en Francia e Italia. Los diferentes devenires de una misma causa revolucionaria*

*Isabelle Sommier*

Université Panthéon-Sorbonne

*Resumen:* Después de haber exaltado la violencia de masas en las revueltas de 1968, en los años siguientes en Francia e Italia muchos grupos políticos de extrema izquierda se sintieron tentados por la opción armada para acelerar el proceso revolucionario que ansiaban. Francia escapó a los «años de plomo», que en Italia se cobraron hasta finales de los años ochenta cerca de 2.000 heridos y 380 muertos, entre los cuales 128 fueron víctimas de la extrema izquierda. Sin embargo, en ambos países se había construido a finales de los años sesenta una misma causa revolucionaria que legitimaba el recurso a la violencia, incluso armada. Las condiciones estructurales del recurso a la misma eran, no obstante, ampliamente diferentes.

*Palabras clave:* lucha armada, Francia, Italia, 1968, años de plomo.

*Abstract:* In France and Italy, having exalted mass violence in occasion of the 1968's riots, in the following years many radical left groups were tempted by the option of the armed struggle, in order to accelerate the revolutionary process that they wished. France avoided the «lead years», which in Italy provoked around 2000 wounded and 380 dead people (128 victims of the radical left) until the end of the 1980s. Nevertheless, in the late 1960s, in both countries it was emerging a same revolutionary cause that legitimated the armed struggle: however, the structural conditions that allowed the use of the violence were widely different.

*Keywords:* armed struggle, France, Italy, 1968, lead years.

Una vez que las revueltas de finales de los sesenta habían sido sofocadas, en Francia e Italia los grupos políticos de extrema izquierda experimentaron auténtico vértigo ante el porvenir. Ninguno de ellos procedía directamente de los acontecimientos de 1968. Si los principales grupos italianos habían aparecido formalmente durante el *bienio rojo*, sus orígenes se remontaban a la experiencia anterior del obrerismo que había germinado en el seno del Partido Comunista Italiano (PCI). En Francia habían nacido ya unos años antes, especialmente a raíz de la crisis de la Union de Étudiants Communistes (UEC), la organización de las juventudes del Parti Communiste Français (PCF). Algunos de ellos, como, por ejemplo, la maoísta Union des Jeunes Communistes Marxistes-Léninistes (UJCML), incluso se habían negado a participar en los acontecimientos de mayo a nivel oficial, al considerarlos como una rebelión «pequeño burguesa», aunque sus militantes a menudo habían desatendido esta consigna de boicot. Esta postura acabó siendo nefasta para la UJCML que, después de un verano de críticas y autocríticas, se disolvió dando lugar al nacimiento de dos grupos hermanos-enemigos: Gauche Prolétarienne (GP) y Vive La Révolution! (VLR). De todas formas, en aquellas protestas la extrema izquierda vio la confirmación de que era la hora de la revolución, de que el 68 había sido un preludio, un «ensayo general» como decían los trotskistas: las vanguardias, consecuentemente, asumieron la tarea de superar el nivel del simple ensayo y mostrar el camino.

Después de haber exaltado la violencia de masas, algunos de ellos se sintieron tentados por la aventura de las armas para acelerar el proceso revolucionario que ambicionaban. Francia lograba escapar de los años de plomo (Action Directe, extremadamente minoritaria, no provenía realmente del 68 y aparecía diez años después)<sup>1</sup>, ya que la organización más dispuesta a comprometerse, Gauche Prolétarienne, se autodisolvió en 1974. Frente a ello, al final de los ochenta los «años de plomo» italianos se habían cobrado 2.000 heridos y 380 muertos, de entre los cuales 128 fueron víctimas de la extrema derecha. E inmediatamente después de la ofensiva antiterrorista, Italia se encontró con 4.087 activistas de izquierda pertenecientes a «asociaciones subversivas» o «bandas armadas» condenados por «hechos ligados a tentativas de subversión del orden

---

<sup>1</sup> Sobre la compleja filiación de este grupo tras el 68 véase Isabelle SOMMIER: *La violencia revolucionaria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009.

constitucional». Asimismo, 20.000 personas habían sido inculpadas y el Ministerio de Interior estimaba los simpatizantes de los movimientos subversivos en torno a las 100.000. Se trataba de un hecho único en Europa, tanto por la envergadura como por la intensidad de la rebelión armada.

Este diferente devenir resulta doblemente intrigante. Por un lado, porque en ambos países se consolidó a finales de los años sesenta un movimiento revolucionario que legitimaba el recurso a la violencia, incluso armada, y que se preparó para ello, como veremos a continuación. Por otra parte, hasta mediados de los años setenta el repertorio de grupos de extrema izquierda fue muy similar en los dos. Dicho de otro modo, resulta imposible distinguir los grupos extraparlamentarios de aquellos que posteriormente serían calificados como terroristas: enfrentamientos callejeros, «antifascismo militante», «propaganda por el hecho» a través de acciones punitivas contra los responsables o directivos en las fábricas (destrucción de automóviles, amenazas o represalias como echar cola o pintura en el cabello, exposición pública con un cartel deshonoroso colgando del cuello, etc.) y finalmente, aunque en menor medida, «reapropiaciones» de bienes «robados» por el capitalismo. A primera vista, se podría llegar a considerar que el riesgo de una escalada de violencia era mayor en Francia. En lo que respecta a la GP, por el uso de explosivos, lo que los grupos de extrema izquierda italianos no hicieron (por ejemplo, la bomba arrojada contra el diario de extrema derecha *Minute* el 13-14 de mayo de 1971), y por protagonizar con anterioridad el primer secuestro político, el del diputado Michel de Grailly, dos días antes del juicio contra Alain Geismar ante la Corte de Seguridad del Estado en noviembre de 1970. La Ligue Communiste Révolutionnaire (LCR)<sup>2</sup>, por su parte, organizará en dos ocasiones (en 1971 y en 1973) una violencia planificada para oponerse militarmente al grupo de extrema derecha *Ordre Nouveau*, lo que la llevará a ser disuelta por decreto.

La historiografía dominante sobre la cuestión no ayuda a resolver este enigma al hallarse inscrita en la tradición de un relato extraacadémico que contrapone los «formidables» años sesenta a los sombríos años de plomo, y, en consecuencia, los grupos extrapar-

---

<sup>2</sup> Esta organización trotskista ha cambiado de nombre en varias ocasiones, pero conservaremos esta denominación para no confundir al lector.

lamentarios, pero legales, por un lado<sup>3</sup>, a los terroristas, por otro<sup>4</sup>. Es por ello que son escasos los estudios que abordan el periodo en su totalidad, quedando con ello el «fenómeno terrorista» en la sombra, o apareciendo como surgido brutalmente de la nada. Hubo que esperar en Italia hasta finales de los años ochenta para que una antigua militante de Lotta Continua (LC), especialista en historia oral, afrontara por vez primera la cuestión de la continuidad entre ambas secuencias<sup>5</sup>. La miseria de la historiografía francesa sobre el 68 es todavía mayor, ya que únicamente disponíamos, hasta la última conmemoración de 2008, de memorias apologeticas de los actores de la época y de ningún trabajo sobre la organización clandestina Action Directe<sup>6</sup>. Es ésta la razón por la cual desde los noventa hemos ido articulando un análisis que considere el ciclo en su totalidad, por un lado, y, por otro, plantee un cambio de problemática, ya que en vez de preguntarnos por qué los militantes escogieron la vía armada, nos hemos centrado, siguiendo la línea de Howard Becker, en aquellos que, aun estando dispuestos y preparados para ello, no dieron el paso<sup>7</sup>. Comprender cómo una misma causa re-

<sup>3</sup> Para el caso francés: VLR, GP y LCR. Para Italia: Lotta Continua (LC), Potere Operaio (PotOp) y Autonomia Operaia (AutOp).

<sup>4</sup> Aquí abordaremos tres grupos: los Gruppi di Azione Partigiani (GAP), las Brigate Rosse (BR) y Prima Linea (PL).

<sup>5</sup> Luisa PASSERINI: *Autoritratto di gruppo*, Florencia, Giunti, 1988.

<sup>6</sup> Para un repaso de la literatura crítica con esta historiografía véase Isabelle SOMMIER: «Les années 68 entre l'oubli et l'étreinte des années de plomb», *Politix*, 30 (1995), pp. 168-177, e íd.: «Mai 68: sous les pavés d'une page officielle», *Sociétés contemporaines*, 20 (diciembre de 1994), pp. 63-79.

<sup>7</sup> Véase Isabelle SOMMIER: *La forclusion de la violence politique: ouvriers/intellectuels en France et en Italie depuis 1968*, tesis doctoral, Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne, 1993. Esta investigación está basada, para el apartado de la extrema izquierda, por un lado, en cincuenta entrevistas no dirigidas a antiguos militantes analizados en base al modelo de la etnobiografía, y por el otro, en documentos de las propias organizaciones (documentos internos, revistas y prensa) consultados en archivos privados y públicos (para Francia en la BDIC, para Italia en la Calusca di Primo Moroni, el Gruppo di Via dei Volsci en Roma, el Centro Piero Gobetti de Turin, el Istituto Nazionale per la Storia della Resistenza y el Istituto Romano per la Storia d'Italia). La confrontación de los documentos de la época con los testimonios orales de los actores varias décadas después de los hechos supone un desafío para el investigador. En primer lugar, aquel de la distancia entre las intenciones declaradas por un colectivo y la disposición individual a actuar. En segundo lugar, la del trabajo de reconstrucción llevado a cabo por la memoria. Este problema clásico de la historia oral, la distancia entre memoria viva y memoria oficial, quedó integrado en el análisis para medir el proceso de exclusión de la violencia en democracia. Acerca

volucionaria produce efectos tan diversos requiere evidentemente un modelo multicausal que integre tres escalas de análisis: la microsociológica, del individuo candidato a recurrir a la violencia; la mesosociológica, de las organizaciones, y, finalmente, la macrosociológica, de las condiciones estructurales que inhibieron o favorecieron el recurso a la violencia, que prevalecerá en la segunda parte del presente artículo<sup>8</sup>. Desarrollaremos para ello dos grupos de hipótesis que integrarán a la organización candidata a la violencia en su entorno y dentro de una «carrera» de la que depende: 1) la asociación de la lucha política a una confrontación militar a través del examen de las representaciones del Estado y de las perspectivas de cambio político por vías pacíficas, y 2) la relación establecida con el sujeto revolucionario de referencia, la clase obrera.

### Discursos de guerra comunes y banales

Desde finales de los años sesenta encontramos un mismo discurso de guerra en los dos países, como así lo atestiguan, por ejemplo, los lemas del periódico maoísta de la GP *La Cause du Peuple*: «¡Tenemos razón al secuestrar a los jefes!» (octubre de 1969), «¡Si no golpeas al patrón, nada cambia!» (febrero de 1970), «Condenados por crímenes antipopulares, nos corresponde a nosotros el ejecutar la sentencia» o «Por un ojo, los dos». Igualmente en Italia, la agresividad de los eslóganes fue en aumento: «Fascistas y burgueses haced las maletas, el nuevo 68 será calibre 38», «Todo fascista como Favela con un cuchillo en el estomago», «Si ves una silueta negra, dispara a matar: o es un carabinero, o un fascista» o «Haremos más rojas nuestras banderas con la sangre de los camisas negras». Todas las organizaciones estuvieron de acuerdo en lo que se refiere a la legitimidad del recurso a la violencia. Sí se diferenciaron, sin embargo, en cuanto a sus modalidades prácticas.

---

de estas cuestiones véase Marie-Claire LAVABRE: *Le fil rouge, sociologie de la mémoire communiste*, París, Presses de Sciences Po, 1994; Luisa PASSERINI: *Autoritratto...*, y Michaël POLLACK: *Une identité blessée*, París, Métailié, 1993.

<sup>8</sup> Isabelle SOMMIER: «Sortir de la violence. Les processus de démobilisation des militants d'extrême gauche», en Ivan CAREL, Robert COMEAU y Jean-Philippe WARREN (eds.): *Violences politiques. Europe et Amériques 1960-1979*, Montreal, Lux éditeur, 2013, pp. 265-282.

*La legitimación del recurso a la violencia*

La legitimación abstracta de la violencia fue común a todos los grupos, independientemente de cuál sea su práctica efectiva de la violencia (de masas, de vanguardia, clandestina). Los testimonios orales apuntan en la misma dirección, se trate de dirigentes políticos o de militantes ordinarios:

«Desde el punto de vista ético, ningún militante de alguna de estas organizaciones rechazaba la idea de que algunos de ellos tendrían que tomar las armas. Si después de diez años dicen lo contrario, en mi opinión mienten. El uso de la fuerza se consideraba absolutamente legítimo. Si no se hacía uso de las mismas era por razones tácticas. Desde el punto de vista ético no representaba ningún problema» (Sergio Bologna, PotOp, entrevista del 22 de febrero de 1993, Milán).

«Nunca hubo ningún debate moral, nadie dijo “no quiero salir, no quiero morir”. No tenía sentido, porque todos sabíamos que estábamos allí porque queríamos emprender la lucha armada, pensábamos que era necesario llevar a cabo realmente la revolución [...] Teníamos la impresión de que no se podía bajar del tren hasta que hubiera llegado al final de la línea, a la última estación» (Roberto, PotOp, después LC, entrevista del 20 de febrero de 1993, Milán).

De hecho, todos ellos estaban convencidos de que atravesaban un periodo revolucionario y, por ello, de que la violencia estaba a la orden del día, con inmediatez o dentro de un futuro no muy lejano. Esto parecía tan evidente que apenas existen documentos donde se tratara de justificar explícitamente el recurso a dicha violencia. Encontramos, entre líneas, dos registros de legitimación al respecto. El primero, que calificaremos de materialista, consideraba simplemente que la violencia se inscribía dentro de las leyes de la historia y en continuidad con el movimiento revolucionario del cual estas organizaciones se decían herederas<sup>9</sup>. La violencia era, así, necesaria,

---

<sup>9</sup> Esta «obsesión histórica» ha sido estudiada por el historiador Philippe Buton a través de la prensa maoísta de Italia, Francia, Portugal y Alemania Occidental desde 1966 hasta 1975. El autor, en los primeros dos casos, ha notado una doble cesura después de 1968, con un aumento de las referencias a la Resistencia de la Segunda Guerra Mundial y una celebración de la lucha armada que se hace sistemática. Véase Philippe BUTON: «Inventing a Memory on the Extreme Left: The

obligatoria, venía impuesta por el enemigo, que no se dejaría derrotar sin reaccionar. El deber histórico de la violencia descansaba sobre la idea marxista de la violencia como «comadrona de la historia» y de sus epígonos. «La revolución no es una cena de gala», «el poder se consigue a golpe de fusil», recordaba el periódico *Lotta Continua* el 18 de abril de 1970. El principio era simple y no requería de más explicaciones:

«Al nivel al que ha llegado la lucha en Italia, todo discurso “justificacionista” sobre la violencia resulta hipócrita, por no decir inútil. Eso se lo dejamos con mucho gusto a los parlamentarios del Manifiesto. A nosotros nos importa reafirmar que sin una teoría y una práctica de la violencia el movimiento revolucionario no logrará jamás proveerse de una estrategia para abatir el dominio del capital e instaurar el poder de los trabajadores»<sup>10</sup>.

«Si la guerra civil no es más que una forma agudizada de lucha de clases, es evidente que las leyes de la primera, las leyes de la guerra, se aplican a la segunda, y en particular las leyes de la guerra de partisanos que creen que la mejor defensa reside en un buen ataque»<sup>11</sup>.

Dentro de un sistema fundado sobre la violencia y que, según las convicciones de la época, no se dejaría doblegar sin resistir, concebir una lucha dentro del estricto cuadro de la legalidad resultaba una ilusión, o incluso una típica operación contrarrevolucionaria de los «revisionistas» (entiéndase, los partidos comunistas oficiales).

El otro registro de legitimación, el «idealista», se dirigía a la subjetividad del revolucionario para hacer de la violencia un instrumento de liberación tanto individual como colectiva. Podemos percibir aquí la influencia anarquista, pero también aquella de las luchas de liberación del Tercer Mundo de la época, en particular de Vietnam, que, para los militantes de izquierdas, eran ejemplos del deber ético de la violencia, ya que la «violencia justa» de los pueblos oprimidos les permitía recuperar su dignidad, pero también

---

Example of the Maoists after 1968», en Julian JACKSON, Anna-Louise MILNE y James S. W. WILLIAMS (eds.): *May 68. Rethinking France's Last Revolution*, Nueva York, Palgrave, 2011, pp. 58-75.

<sup>10</sup> «Sulla violenza», dentro del documento titulado *Contro la scuola, documento nazionale sugli studenti medi*, s. f. (finales de 1971-principios de 1972), p. 24, Archivio dell'Istituto Romano per la Storia d'Italia, fondo Socrate, cart. 1.

<sup>11</sup> Ligue Communiste, *Autodéfense ouvrière*, 14, pp. 19-20.

vencer, incluso frente a un enemigo considerado invencible. A sus ojos hacía falta, como había dicho Sartre, «resucitar la violencia revolucionaria a través de acciones puntuales y eficaces»<sup>12</sup>. La convicción de ciertos militantes de que su violencia iba a despertar aquella del sujeto revolucionario por excelencia que era la clase obrera y pondría fin, definitivamente, a la violencia inherente a la explotación capitalista, recuerda el mito de la regeneración a través del sacrificio estudiado por René Girard<sup>13</sup>. Ésta podía verse acompañada de una visión escatológica, como en el caso de Toni Negri, para quien «sólo queda la alternativa entre una solución catastrófica y una solución revolucionaria»<sup>14</sup>. Instrumento de liberación colectiva, la violencia era también una herramienta de desalienación individual y respondía así a una imperiosa necesidad psicológica: su recurso permitía a un hombre nuevo nacer. Según Franz Fanon<sup>15</sup>, esta violencia se convertía en creadora a través de un doble sacrificio: el del oprimido y el del opresor.

### *Los escenarios del paso a la violencia*

Todas las organizaciones compartían, así, la idea de que la violencia era necesaria desde un punto de vista histórico, justa y legítima. Diferían, sin embargo, respecto a los diversos escenarios de lucha con la burguesía que proyectaba, y, por ello, en sus estrategias violentas. En este sentido se pueden distinguir tres tipos ideales<sup>16</sup>: la «violencia defensiva», la «violencia ofensiva» y la «violencia difusa».

<sup>12</sup> Prólogo a Michèle MANCEAUX: *Les maos en France*, París, Gallimard, 1972, p. 8.

<sup>13</sup> René GIRARD: *La violence et le sacré*, París, Grasset, 1972.

<sup>14</sup> Toni NEGRI: *La classe ouvrière contre l'Etat*, París, Galilée, 1978, p. 292.

<sup>15</sup> Franz FANON: *Les damnés de la terre*, París, Maspero, 1961.

<sup>16</sup> Elaborados a partir del modelo de tipos ideales formulado por Max Weber, tienden evidentemente a inflexibilizar las características de cada uno de los grupos, entre los cuales muchos, en particular LC y las BR, toman prestados caracteres de diferentes modelos, mientras que PotOp y Autonomía sí presentan un esquema más exclusivo. A pesar de su específica retórica (resistencialista, insurreccionalista, «rebelionarios» a todos los niveles), que se debe en parte a una estrategia para distinguirse de los grupos rivales, todos, como hemos dicho, recurren a acciones comunes. La GP, por ejemplo, claramente dentro de un registro defensivo, practica tanto el «antifascismo» como los enfrentamientos callejeros, organiza sabotajes (contra los astilleros de Dunkerque, los yacimientos de hulla de Hénin-Liétiard, los Grandes



El primero en hacer acto de presencia cronológicamente, el escenario de la violencia defensiva para resistir a un golpe de Estado, debía conducir a la guerra prolongada de resistencia pensada por Mao. La «reacción», bajo la forma de un golpe de Estado o, más posiblemente, de una fascistización rampante, constituirá la última respuesta del «Estado burgués» a la extensión de las luchas que le obligará a «mostrar su verdadera faz», a «reconocer su verdad, a convertirse en el futuro en este monstruo que le repugna a sí mismo: se fascitiza»<sup>17</sup>. Era el tema del «nuevo fascismo» en voga a un lado y al otro de los Alpes, aunque encontró un eco muy superior en Italia, como veremos más en detalle dentro de la segunda parte. A este «nuevo» fascismo, los maoístas franceses respondieron con la Nouvelle Résistance Populaire (NRP), «organización clandestina de autodefensa de las masas»<sup>18</sup>. En la misma línea, Lotta Continua llamó periódicamente a los resistentes históricos a «volver a sus puestos», multiplicó las campañas (con el «no al fanfascismo» contra la candidatura presidencial de Amintore Fanfani en otoño de 1971, bajo el lema «los fascistas no deben hablar» en las elecciones de 1972 y al grito de «el MSI fuera de la ley» en 1975) e hizo del antifascismo militante su especialidad. Se entendió la lucha contra el fascismo de manera muy extensa, así como el propio término «fascismo»: contra la extrema derecha, contra el despotismo en las fábricas (es decir, la jerarquía y el personal directivo) y, por último, contra el Estado. Es por ello por lo que las acciones llevadas a cabo entre 1970 y 1973 tuvieron como objetivo prioritario a la extrema derecha<sup>19</sup>. Dentro de esta óptica el editor Feltrinelli funda

---

Molinos de Corbeil en febrero de 1970), secuestros de patrones y acciones de represalia contra los mandos intermedios (con sus grupos especializados llamados los GOAF —grupos obreros anti-«pasma» de la GP—); acciones destinadas a la clase obrera, de tipo Robín de los Bosques, como la «campaña del metro» de Boulogne-Billancourt en 1970, en la que distribuyeron 25.600 billetes robados, o el ataque contra la tienda de lujo Fauchon el 8 de mayo de 1970, y finalmente, ataques contra las fuerzas públicas: asalto contra una comisaría de policía para protestar por las expulsiones de inmigrantes (primavera de 1970), el ataque a la prisión de la Santé (enero de 1971), etc.

<sup>17</sup> Alain GEISMAR, Serge JULY y Eryln MORANE: *Vers la guerre civile*, París, Editions et Publications Premières, 1969, p. 153.

<sup>18</sup> Entrevista a la NRP en *La Cause du Peuple* (1 de agosto de 1971).

<sup>19</sup> Por ejemplo, en 1970, la primera «picota proletaria» contra dos sindicalistas de la CISNAL (30 de julio), una semana después su intento de golpe de Estado, y el incendio de la oficina del príncipe Giulio Borghese (13 de diciembre de

en 1969 el primer grupo armado, los GAP, sobre un doble modelo partisano y foquista para luchar contra la amenaza de golpe de Estado y organizar la resistencia.

Este registro defensivo empezó a decaer a partir de 1971 en favor de un nuevo escenario: la violencia ofensiva para conducir a la insurrección, considerando, como decía el PotOp, que «la única vía posible es la del ataque»<sup>20</sup>. Durante su tercer congreso, en el verano de 1971, aclamó el «poder obrero para el partido, poder obrero para la insurrección, poder obrero para el comunismo» y se decidió a organizar un grupo clandestino dedicado al «trabajo ilegal» que daba lugar al Frente Armato Rivoluzionario Operaio (FARO), dirigido por Franco Piperino y Valerio Morucci. Lanzó con ello en mayo de 1972 la consigna «¡Proletario, llegó la guerra de clases!». Ciñéndose al mismo esquema leninista que dividía el proceso revolucionario en tres etapas (construcción del partido, insurrección, guerra civil), la LCR montó una rama clandestina, la «Comisión muy especial», y editó en 1972 un panfleto de uso interno que detallaba las diferentes etapas, desde la «protección de las acciones obreras, de los militantes, de las organizaciones» hasta la «insurrección armada y el establecimiento del Estado obrero, Estado del “pueblo en armas”»<sup>21</sup>. Las Brigate Rosse (BR), creadas en 1970, se inscribieron mayormente dentro de esta perspectiva, a pesar de que hasta 1973 se referían a la lucha contra el «fascismo gaullista»<sup>22</sup> y a la resistencia contra la militarización del régimen y dentro de las fábricas<sup>23</sup>. Pero lo hicieron desde un punto de vista esencialmente teórico. En el terreno de los hechos desarrollaron esencialmente la propaganda armada como ins-

---

1970). En 1972, «registro» de la casa de un consejero del Movimento Sociale Italiano (27 de enero), incendio de la villa del vicesecretario provincial del MSI y consejero de la comuna de Turín (27 de febrero), incursión en la sede del MSI y secuestro de Bartolomeo Di Mino (13 de marzo), incendio del coche de nueve sindicalistas de extrema derecha (26 de noviembre), seguido de incendios similares el 17 de diciembre.

<sup>20</sup> Comunicado de inauguración del Congreso de Bolonia (3-4 de marzo de 1973) en Comitati Autonomi Operai di Roma: *Autonomia Operaia*, Roma, Savelli, 1976, p. 40.

<sup>21</sup> *Autodéfense ouvrière*, 14.

<sup>22</sup> *Nuova Resistenza*, mayo de 1971, en Soccorso Rosso: *Brigate Rosse*, Milán, Feltrinelli, 1976, p. 102. Nótese la influencia del grupo francés Gauche Prolétarienne (nombre que la revista *Sinistra Proletaria* retomó en julio de 1970).

<sup>23</sup> Documento de BR de enero de 1973 en *Potere operaio*, 44 (11 de marzo de 1973).

trumento de apoyo a las luchas sociales y a su radicalización. En septiembre de 1971 señalaron como adversarios en las fábricas a «los déspotas, los sirvientes de los patronos, los más odiados por la clase obrera», «los fascistas, porque son el ejército armado que utiliza el capital», «los enemigos del pueblo»<sup>24</sup>. Los medios empleados (destrucción de automóviles, amenazas contra los «déspotas», «poner en la picota», etc.) no merecieron un especial predicamento, ya que eran similares a las acciones violentas de la extrema izquierda de la época. Pero la estrategia brigadista evolucionó en la doble dirección del alejamiento tanto de la amenaza de golpe de Estado como, sobre todo, de la elaboración del «compromiso histórico» por parte del secretario del Partido Comunista Italiano Enrico Berlinguer. Es así como, en abril de 1975, la dirección estratégica lanzó el «ataque al corazón del Estado» y denunció explícitamente a los «revisionistas», es decir, al PCI, que participaba en el «Estado imperialista de las multinacionales». Así, el 8 de junio de 1976 dejaban su firma en el primer asesinato político en la persona del juez Francesco Coco<sup>25</sup>.

El último escenario, el de la violencia difusa, fue característico de Autonomia Operaia (AutOp), que emergió a partir de 1973 de la descomposición de varios grupos de extrema izquierda. El movimiento de los autónomos ganó popularidad en los mismos ambientes en Francia y en la RFA, pero sin alcanzar un potencial de rebelión comparable al que tuvo en Italia. Allí, la satisfacción de las necesidades ya no se remitía a la toma del Palacio de Invierno y a un futuro color de rosa. Ésta se lograba por la acción directa<sup>26</sup>. Por ello la multiplicación sin precedentes de acciones ilegales y violentas encaminadas a la apropiación directa de bienes que los autónomos calificaron como «salario social»: ocupación de viviendas, autoreducción de las tarifas en servicios públicos a partir de 1974, «mercados políticos» (hacer la compra sin pagar), prolon-

<sup>24</sup> Documento de BR de septiembre de 1971 en Soccorso Rosso: *Brigate Rosse*, p. 105.

<sup>25</sup> El primer asesinato político claramente de extrema izquierda fue el del comisario Calabresi en mayo de 1972. Nunca fue reivindicado, aunque los responsables de LC fueron considerados como responsables en base al testimonio de un arrepentido.

<sup>26</sup> Sobre el año 1977 y el movimiento de los autónomos véase Marco GRISPIGNI: 1977, Roma, Manifestolibri, 2006, y Sergio BIANCHI y Lanfranco CAMINETTI (eds.): *Gli autonomi*, Roma, DeriveApprodi, 2008.

gación de las pausas en las fábricas, etc. Como afirma la cita de Rosso: «La ilegalidad de las luchas es fuente de derecho [...] para el comunismo, aquí y ahora»<sup>27</sup>. Ya no se trataba de tomar el poder político: había que protegerse y sustraer de su autoridad «espacios liberados» de su influencia.

El año 1977 estuvo marcado por una escalada de violencia, tanto «de masas» como clandestina. Roma vivió el 12 de marzo una verdadera guerrilla urbana a la sombra de una manifestación armada de 60.000 personas. En relación con el año precedente se observó la progresión de 77,62 por 100 de los ataques contra bienes (sedes de partidos, cuarteles, comisarías, tribunales, empresas, etc.), es decir, un atentado cada cuatro horas<sup>28</sup>. Lo mismo sucedió con los asesinatos (el decano del Colegio de Abogados Fulvio Croce y del director adjunto del diario nacional *La Stampa* Carlo Casalegno) y «*jambisations*», especialmente de periodistas, por parte de las BR, pero también de numerosos grupúsculos autónomos. El segundo grupo armado después de ellas, Prima Linea (PL), nacido en 1976 de escisiones radicalizadas de LC, era más cercano a esta línea principalmente por su estrategia de «disolución» del poder estatal, la elección de la semiclandestinidad y de sus objetivos. Todo ello pone de manifiesto un desplazamiento del sujeto revolucionario de referencia, del «obrero masa» de los operaistas al «obrero social» teorizado por Negri. Un desplazamiento que se observa particularmente en los adversarios priorizados por los diferentes grupos. Como mostró Donatella della Porta<sup>29</sup>, la propaganda centrada en las fábricas era el rasgo distintivo de las BR (el 40 por 100 de sus acciones se centran en ellas), mientras que los otros grupos armados que podríamos calificar de segunda generación, como PL, privilegian una propaganda dirigida a la sociedad con objetivos diversificados: dirigentes de pequeñas empresas, de agencias inmobiliarias, de publicidad o de servicios, vigilantes de noche, pero también psiquiatras y traficantes.

---

<sup>27</sup> Rosso, 15 (marzo-abril de 1975).

<sup>28</sup> Cifras aportadas por el juez Gian Carlo Caselli en Renzo VILLA (ed.): *La violenza interpretata*, Bolonia, Il Mulino, 1979, p. 243.

<sup>29</sup> Donatella DELLA PORTA: *Social Movements, Political Violence and the State*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

## Un terreno innegablemente propicio a la radicalización

En síntesis, desde un punto de vista tanto ideológico como logístico, en Italia y Francia el paso a la lucha armada estaba preparado de igual modo. ¿Cómo explicar en estas condiciones el devenir divergente de la causa revolucionaria? La diferencia entre los dos países apunta a la escalada italiana, mientras que los grupos franceses, que no se diferencian de sus homólogos ni en el terreno del discurso ni en el de las acciones (hasta principio de los años setenta), acabaron bien autodisolviéndose (VLR en abril de 1971, la GP en 1974), bien condenando su fase militarista y apostando por una nueva estrategia (LCR). En Italia, los grupos nacidos en el 68 y equivalentes a los grupos franceses también se autodisolviéron (PotOp en 1975, LC en 1976). Pero la desmovilización no fue total, ni mucho menos. Fueron numerosas las organizaciones armadas que surgieron en esos momentos, como los Nuclei Armati Proletari (NAP), las Unità Comuniste Combattenti (UCC) y, sobre todo, PL, segundo grupo armado después de las BR, que continuaron su radicalización «elevando el tiro». Otras provenían de movimientos autónomos, como los Proletari Armati per il Comunismo (PAC) o las Formazioni Comuniste Combattenti (FCC)<sup>30</sup>. Así, entre 1974 y 1977 la violencia se convirtió en la obra de grupos armados clandestinos especializados o de colectivos autónomos.

Según Ted Gurr, el paso a la violencia política se vio favorecido no sólo por la existencia de un vector ideológico (idéntico en los dos países), sino también por la difusión de una legitimación instrumental del recurso a la misma, con la idea, fundamentada en gran parte sobre experiencias anteriores, de que «sólo la violencia da resultado»<sup>31</sup>. El recurso a la violencia revolucionaria implica que los actores estén convencidos, por un lado, de la ilegitimidad del régimen vigente, y, por otro, de la incapacidad para combatirlo por vías no violentas. Es por ello que conviene analizar en conjunto las representaciones que realizan los grupos de extrema izquierda, primero sobre su objetivo, el Estado, y, después, sobre el Partido Co-

<sup>30</sup> Para una visión sintética véase Isabelle SOMMIER: *La violence politique et son deuil. L'après 68 en France et en Italie*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 1998, p. 47.

<sup>31</sup> Ted GURR: *Why Men Rebel*, Princeton, Princeton University Press, 1970, p. 320.

munista, quien, por su estrategia, ofrecería o no una perspectiva de alternativa democrática.

### *¿Adversario o enemigo?*

En ambos casos, el paso desde la aceptación abstracta de la violencia en el proceso revolucionario (que es descubierta en Francia desde 1967 con la película *La chinoise* de Jean-Luc Godard) a su puesta en práctica se precipitó al encontrarse los contestatarios con las estructuras represivas, encuentro éste más o menos trágico según el país. Resultó frecuente a un lado y al otro de los Alpes a través de los enfrentamientos con la policía: en mayo de 1968 tras las manifestaciones en Francia, sin llegar a causar muertos, y a partir de febrero de 1968 en Italia con los primeros enfrentamientos entre estudiantes romanos y fuerzas del orden que culminaron en la «batalla de Valle Giulia» (el 1 de marzo). La moderación que demostraron las fuerzas del orden en Francia resulta esencial para explicar que la violencia permaneciera tanto de lado de unos como de los otros a un nivel simbólico. Muy diferente es la situación italiana. Tal es así que entre 1947 y 1969 cerca de noventa manifestantes o huelguistas cayeron en Italia bajo el fuego de la represión de los conflictos sociales, frente a una docena en Francia; 674 personas resultaron heridas y casi 80.000 arrestadas. 21 murieron en idénticas circunstancias entre 1970 y 1979<sup>32</sup>. Estas prácticas agudizaron las críticas de la extrema izquierda contra la supuesta imparcialidad de la política de mantenimiento del orden, que parecía ser la expresión de las fuerzas más reaccionarias, al haber sido éstas insuficientemente depuradas tras acabar la guerra.

Así, la particularidad italiana en lo que se refiere al mantenimiento del orden se reforzó gracias a otra particularidad: el peso, tanto a nivel cognitivo como afectivo, de la experiencia del fascismo. El pasado fascista, común a ambos países occidentales que conocieron una lucha armada de extrema izquierda (Italia y Ale-

---

<sup>32</sup> Para realizar estas estadísticas hemos elegido contabilizar únicamente las víctimas directas de operaciones de salvaguarda del orden público en los conflictos sociales (excluyendo por ello los conflictos vinculados a la descolonización en Francia) recopiladas a través de diversas obras consagradas a la cuestión y de la prensa de la época (entre 1947 y 1969).

mania), resultó de enorme importancia dentro de las motivaciones para la militancia. El Estado italiano se fundó sobre dos mitos fundacionales: el Risorgimento y la Resistencia, que no cimientan totalmente su legitimidad. No me detendré aquí en las carencias estructurales de la construcción del Estado<sup>33</sup>, ni sobre el hecho, esencial, de que el proceso de su democratización, ya tardío, fue brutalmente interrumpido por el ascenso del fascismo en 1922. La Resistencia condicionó directamente, por otro lado, la interpretación que la generación del 68 se formó del sistema político que pretendía combatir. La mayor parte guardaba la idea de una revolución fracasada e inacabada que era su deber continuar<sup>34</sup>. Ésta se convirtió igualmente en un recurso fundamental de las movilizaciones de los años 1969-1974 y en una fuente de inspiración para las futuras organizaciones armadas en su afán de legitimación para situarse dentro de la continuidad de la historia del movimiento obrero. Lo podemos observar a través de la elección de sus siglas (Nuova Resistenza, Brigate Rosse, Gruppi di Azione Partigiana), de su organización (clandestinidad, organización en pequeñas unidades), de sus modos de acción («expropiación proletaria», «procesos populares» o poner en la picota) o de las formas de reivindicar sus acciones, todo ello tomado de la Resistencia histórica. Esto les proveía, como hemos visto, de un adversario «de origen», los «fascistas», y de una pro-

---

<sup>33</sup> Evidentemente, habría que resituar los años de plomo en el conjunto de episodios de violencia social y política que protagonizó la sociedad civil italiana tras el nacimiento del Estado: bandolerismo, *fasci* sicilianos, motines de final de siglo, «semana roja» de junio de 1914, bienio rojo de 1919-1920, etc. Este alto nivel de violencia guarda relación con el carácter tardío e inacabado de la construcción del Estado partiendo de una cierta extrañeza de la sociedad respecto al mismo.

<sup>34</sup> Son numerosos los exmilitantes que evocan una figura paternal tutelar y heroica por la cual debían estar a la altura y por la que debían seguir sacrificándose. «*Red diaper*», retomando la expresión de Keniston, los militantes de extrema izquierda tienen la impresión de cumplir un compromiso familiar incumplido por sus predecesores. Por ejemplo, veamos el testimonio de Pietro, exmilitante del PSIUP (entrevista del 20 de octubre de 1992, Turín): «Para mi generación, la resistencia era muy importante, ya fuera como ruptura o como continuidad, porque era como una especie de emulación: nuestros padres habían “vivido la gran guerra”, habían tenido una gran vida, habían disparado, habían tenido momentos de heroísmo. Ruptura porque éramos los hijos [...] La ruptura era hacia una generación que tras el heroísmo se había asentado. La retórica de la Resistencia en Italia se convirtió en algo insostenible del cual bebían todos juntos: solidaridad, nación, etc.».

ducción simbólica retomada de cantos partisanos como *Fischia il vento*, *Bella ciao* o *Avanti siam ribelli*<sup>35</sup>.

Evidentemente, encontramos también la cuestión del antifascismo y la resistencia en Francia, y ello constituye otro punto en común entre los dos países, como testimonia el célebre debate del que se hizo eco en 1972 la revista *Les temps modernes* sobre el tema: «El gaullismo, ¿y después qué? Estado fuerte y fascistización». La GP, como hemos visto, dejaba su marca distintiva en el campo de las protestas. Sin embargo, la similitud en esta cuestión es bastante superficial. Tanto que no hay lugar a dudas de que la especificidad italiana se sostiene en la mayor resonancia de la llamada a la Resistencia. Retomando a David Snow, se podría decir que las tres condiciones para que el marco interpretativo encontrara un eco se encuentran allí: la «credibilidad empírica» (que busca que su diagnóstico tenga un fundamento, sea plausible) y la «base experimental» (que los hechos denunciados hayan sido vividos) se alimentan de los sucesos políticos del momento, mientras que la «fidelidad narrativa» (su encaje en el conjunto de creencias, mitos y narraciones populares anteriores) reposa en la experiencia todavía fresca del fascismo y sus polémicas acerca de la depuración incompleta acometida tras la guerra, en particular entre las fuerzas de represión. Se da así en el curso de estos años una colusión entre un mito de referencia y un acontecimiento político que da cuerpo a la reactivación práctica de la temática antifascista. No solamente la memoria de la guerra permanece viva, sino que existe igualmente un activismo violento de extrema derecha con grupos como Ordine Nuovo, Avanguardia Nazionale, Ordine Nero y más adelante los Nuclei Armati Rivoluzionari (NAR)<sup>36</sup>, y, con ello, los enfrentamientos entre grupos, los ataques a sedes de organizaciones, las acciones ejemplares con fines punitivos o «pedagógicos». Entre 1969 y 1975, el 83 por 100 de los sucesos considerados de violencia política son imputables a grupos de inspiración neofascista, así como sesenta y tres de las noventa y dos víctimas de esos años. Los militantes de la izquierda extraparlamentaria explicaban esos enfrentamientos como la conse-

---

<sup>35</sup> Esta filiación es analizada en detalle en Isabelle SOMMIER: «La Résistance comme référence légitimatrice de la violence, le cas de l'extrême gauche italienne», *Politix*, 17 (1992), pp. 86-103.

<sup>36</sup> Sobre la relación entre la violencia política de extrema izquierda y extrema derecha véase Guido PANVINI: *Ordine nero, guerriglia rossa*, Turín, Einaudi, 2009.



cuencia de la agresión previa de los «fascistas» y a la complicidad de las fuerzas del orden. Ellos los inscribían igualmente en continuidad con la tradición de la Resistencia y en sintonía con la lucha de clases. El eslogan «Los fascistas no deben hablar» fue remplazado en 1974 por el de «Matar a un fascista no es un crimen».

Además, al ejercicio clásico, aunque rudo, del mantenimiento del orden, se añadió lo que el sociólogo Alberto Melucci llamó el uso, por los gobiernos demócratacristianos, de la violencia fascista como instrumento de contramovilización<sup>37</sup>. Se refería a la complicidad de una parte del Estado en la estrategia de la tensión, es decir, los atentados de extrema derecha que empezaron con el atentado de la plaza Fontana en diciembre de 1969, pero también los rumores de golpe de Estado que jalonaron el principio de los años setenta. Plaza Fontana representó el «trauma original», la «irreparable escisión», «el fin de la inocencia». El atentado de Plaza Fontana alimentó el miedo a una involución autoritaria del país. Inauguró una larga serie de «masacres de Estado», así llamadas a causa de la colusión de una parte de los servicios secretos: el atentado contra un tren en Gioia Tauro el 22 de julio de 1970 (6 víctimas y 50 heridos), la explosión de una bomba al paso de una comitiva antifascista el 28 de mayo de 1974 (8 muertos y 94 heridos), la explosión en el tren Italicus el 4 de agosto (12 muertos y 105 heridos), o la bomba en la estación de Bolonia el 2 de agosto de 1980 (85 muertos y 177 heridos)<sup>38</sup>.

Si el año 1969 constituyó a los ojos de los militantes de extrema izquierda un punto de inflexión en lo que respecta a las representaciones de un Estado que se convierte de adversario a enemigo, una simple mirada hacia las diferentes etapas de radicalización violenta nos revela hasta qué punto éstas se encontraron fuertemente condicionadas por la estrategia del PCI, es decir, por lo que los protagonistas consideraban una renuncia explícita del «gran hermano» a asumir su papel de alternativa al sistema. Concluirán que sólo la prueba de las armas puede permitir una ruptura real del orden político.

---

<sup>37</sup> Alberto MELUCCI: *L'invenzione del presente. Movimenti, identità, bisogni individuali*, Bolonia, Il Mulino, p. 110.

<sup>38</sup> Sobre la represión y su influencia en la escalada de violencia política véanse las observaciones de Simone NERI SERNERI: «Contesti e strategie della violenza e della militarizzazione nella sinistra radicale», en *id.* (ed.): *Verso la lotta armata: la politica della violenza nella sinistra radicale degli anni Settanta*, Bolonia, Il Mulino, 2012, pp. 11-62, esp. pp. 40 y ss.

La lectura de la Resistencia como revolución fracasada constituía en sí misma una denuncia del equilibrio político republicano. Se dirigía en especial al PCI, acusado de haber malvendido los ideales revolucionarios en nombre de su integración republicana. Fue el golpe de Estado de Pinochet en 1973 lo que llevó a Enrico Berlinguer a elaborar la estrategia de compromiso histórico con la Democracia Cristiana (DC): las características económicas y sociales del país (especialmente su «retraso cultural» y el peso del catolicismo) hacían imposible el ejercicio del poder a una mayoría de izquierda, aunque ésta lograra un 51 por 100 de los sufragios, y exponían a Italia a una respuesta revolucionaria que sólo «un nuevo gran compromiso histórico entre las fuerzas que agrupan y representan a la gran mayoría del pueblo italiano» podía evitar. A partir de este momento, a pesar de sus importantes logros, el PCI declinó cualquier perspectiva de alternancia y se comprometió en 1976 a no provocar la caída del gobierno Andreotti: era el «gobierno de la no desconfianza» seguido hasta 1979 por el «gobierno de solidaridad nacional». Es en este marco que se puede entender el secuestro de Aldo Moro, artesano de la concreción del acercamiento entre la DC y el PCI, el 16 de marzo de 1978, es decir, el mismo día en que iba a oficializarse la misma con el voto de confianza del PCI al gobierno Andreotti. Otro símbolo: su cuerpo fue encontrado el 9 de mayo en un punto intermedio entre las sedes romanas del DC y del PCI. Por tanto, no se debió a una simple coincidencia si el periodo de teorización del compromiso histórico (1973-1975) es también aquél del giro de los primeros grupos clandestinos hacia la lucha armada, desarrollándose éste entre las dos confrontaciones electorales de 1976 y 1979 para culminar con el secuestro de Aldo Moro.

Nuevamente encontramos aquí una falsa similitud entre los dos países: la crítica de revisionismo de los PPCC, las acusaciones de traición de los aparatos tradicionales del movimiento obrero, son comunes en lo que se refiere a la extrema izquierda de la época. Falsa similitud que, mirada más de cerca, hace reaparecer la especificidad italiana: la confluencia entre la crítica al Estado y el alejamiento de una perspectiva de cambio pacífico en el preciso momento en que, en Francia, la firma de un programa común podía dejar entrever una salida política. Y, allí igualmente, la evolución política que llevó al PCI a querer o tener que encarnar el «partido

del orden» cuando se puso en marcha la legislación de excepción no hizo más que agrandar la brecha que le separaba de la extrema izquierda. La ausencia de alternativas se convirtió en la ausencia de oposición por, tal como subraya Pizzorno, «la congelación formal de la oposición y su inserción servil en los centros de poder»<sup>39</sup>.

*En nombre de la clase obrera, ¿pero también con ella?*

Abordamos ahora la segunda variable: las relaciones entabladas, o no, con la clase obrera. En ambos países, el movimiento estudiantil mudó en movimiento revolucionario en el nombre de la emancipación de un único y canónico sujeto revolucionario: la clase obrera. Todos ellos se inspiraron, en efecto, en eslóganes como «Poder obrero», «¡Estudiantes, obreros, todos unidos!», etc. Pero la fusión, que parecía necesaria, entre intelectuales (o aprendices de intelectuales) y obreros no se llegó a concretar durante muchos años más que en la Península, mientras que en Francia permaneció como una construcción intelectual. El porcentaje de obreros industriales que militaron en organizaciones clandestinas quedó en torno al 40 por 100, frente al 18,7 por 100 de empleados y al 19,9 por 100 de estudiantes. El grupo armado más obrero habrían sido las BR, con un 42 por 100 de obreros industriales, seguidas de PL (39 por 100). La presencia obrera fue desigual en función también de las regiones: en el Piemonte, corazón del triángulo industrial, representaba un 56,6 por 100 de los militantes<sup>40</sup>. Este elemento fundamental de diferenciación entre la experiencia contestataria italiana, efectivamente vinculada con una fracción del movimiento obrero, y el fascinante voluntarismo francés, constituye una de las claves interpretativas de su longevidad y de sus diferentes grados de éxito, por lo menos en lo que a aquellos años se refiere. Explica, por otro lado, las diferencias cronológicas con que los izquierdistas franceses e italianos, unos por defecto y otros por el estancamiento de las luchas obreras, van a girar su mirada hacia sujetos revolucionarios de sustitución que van a modificar profun-

<sup>39</sup> Alessandro PIZZORNO: *I soggetti del pluralismo*, Bologna, Il Mulino, 1980, p. 141.

<sup>40</sup> Donatella DELLA PORTA: *Il terrorismo di sinistra*, Bologna, Il Mulino, 1990, pp. 144-145.

damente su etiqueta revolucionaria, como el lumpenproletariado, los marginados, los jóvenes y, en Francia, los inmigrantes.

Tres conjuntos de factores explican el por qué los jóvenes intelectuales italianos pudieron confluír, durante un tiempo, con los jóvenes obreros del triángulo industrial. El primer conjunto nos remite a la tradición comunista italiana, caracterizada por una mayor autonomía del sindicato respecto al partido. En Francia, sin embargo, la clase obrera estaba totalmente hegemonizada por el PCF. Y la extrema izquierda cometió un error estratégico: al enfrentarse de modo directo a esta fortaleza en lugar de esquivarla (por ejemplo, invirtiendo sus esfuerzos en campañas en las fábricas en zonas rurales o en la mano de obra femenina) acabó agotándose. La mayor apertura del movimiento obrero italiano se manifestó y se reforzó a principio de los años sesenta con el obrerismo, que va a proporcionar a la futura nueva izquierda, incubada en el seno del PCI, líderes (Dario Lanzardo, Vittorio Rieser, Toni Negri, Sergio Bologna), cuadros (el obrero-masa, de origen principalmente meridional, subempleado y fuera de las organizaciones tanto sindicales como políticas, y fuertemente proclive a la rebelión) y herramientas conceptuales (la «sociología militante», las «encuestas obreras»), y le permitió, al mismo tiempo, tomar parte a la principal central sindical, la Confederazione Generale Italiana del Lavoro (CGIL). Así, cuando nació el movimiento estudiantil en 1967, ciertos grupos como Avanguardia Operaia o PotOp de Pisa, surgidos de esta experiencia disidente del PCI, gozaban ya de cierta influencia e implantación en algunas fábricas: primero en Sit Siemens y Pirelli de Milán, y posteriormente en Olivetti de Massa y en St Gobain de Pisa.

Esta característica estructural se reforzó por la propia dinámica de la contestación, lo que constituye nuestra segunda hipótesis explicativa. En Francia, a la contestación estudiantil que había comenzado en los primeros meses del año 1968 se le unió rápidamente, aunque de modo fugaz, el movimiento obrero que se declaró en huelga en mayo. El *timing* es más amplio en Italia, ya que abarca dos años, desde el comienzo de las huelgas estudiantiles en 1967 hasta la explosión del «otoño caliente» de las revueltas obreras de 1969. Este «bienio rojo», así llamado en referencia al bienio rojo precedente de 1919-1920, favoreció el progresivo encuentro de ambos movimientos. Como afirmaba Peppino Ortoleva, por aquel entonces militante de LC: «No se trata de un encuentro im-

previsto. Se trata de dos años de pronunciamientos recíprocos» (entrevista del 17 de febrero de 1993). Según Luigo Bobbio, perteneciente al mismo grupo: «Fue un hermanamiento entre obreros y estudiantes. Se creó una relación muy fuerte porque todos desconfiábamos instintivamente del sindicato, teníamos miedo de no poder controlarlo y además teníamos necesidad de hablar, de contar. Vimos en los estudiantes un aliado» (entrevista del 19 de octubre de 1992).

Esta «domesticación» recíproca no se debió únicamente a la cronología. Se explica también por una tercera variable distintiva de ambos países, esto es, la composición de la clase obrera. En Italia, su sensibilidad a las tesis de la extrema izquierda y su mayor disposición a la rebelión caracterizaban a una fracción muy importante cualitativamente, pero muy peculiar, caracterizada por, podríamos decir, una doble juventud: una juventud biológica (que nos remite a la dimensión generacional de los movimientos del año 68) y una juventud social, por la experiencia reciente de la pérdida de raíces, de la condición obrera y, como consecuencia, por la ausencia de una cultura obrera, de sus organizaciones y de su cultura de lucha. El milagro económico italiano supuso un reforzamiento de la organización fordista del trabajo (intensificación de los ritmos, parcelación del trabajo, etc.) y, sobre todo, un efecto llamada a abundante mano de obra que entrañó grandes movimientos migratorios con el éxodo rural masivo de meridionales que tuvieron que afrontar no sólo el descubrir el infierno de las fábricas, sino la falta de infraestructuras y el racismo de los italianos del norte. Como recordaba Graziano, trabajador en la Fiat desde 1962 y delegado obrero en 1970: «No teníamos memoria de los conflictos, de la pasada represión. Entramos en la fábrica con la despreocupación respecto a aquellos que tenían el miedo en el cuerpo, que ya no eran capaces de reaccionar» (entrevista del 21 de octubre de 1991). También los principales acontecimientos del ciclo de conflictividad que sufrieron las empresas italianas al menos hasta 1973 apuntan hacia la radicalización de las luchas, ya sea por la importancia de las huelgas salvajes como, sobre todo, por la afirmación de la «centralidad de la fábrica» en el proceso de transformar el terreno empresarial a través de acciones agresivas: ocupaciones, encierros, filtros en las entradas, «pasillos de la vergüenza», acciones punitivas para lograr el control. Entre septiembre y diciembre de 1969 se dictaron 8.369

inculpaciones vinculadas a conflictos laborales en el marco de un total de 14.036 delitos, entre los cuales: 3.325 «invasiones ilegales de empresas, terrenos o edificios públicos», 1.712 «violencias privadas», 1.610 por «bloqueos de vías ferroviarias», 1.376 «interrupciones de servicios públicos», 234 por heridas corporales, 179 por devastaciones y saqueos, 124 por «posesión de armas o explosivos e intimidación con el uso de materiales explosivos». Cerca de 10.000 obreros y responsables sindicales fueron inculcados<sup>41</sup>. Este relativo acercamiento explica la duración y la intensidad del ciclo de protestas en Italia, dado que el contacto con los obreros podría haber incentivado las intenciones revolucionarias y las virtudes de la propaganda a través de las armas.

## Conclusiones

La perspectiva estructural desarrollada en el presente artículo no debe ser considerada como algo estático: en ambos países son idénticas las causas que provocan el fracaso de la revolución, pero éstas se manifiestan en grados y ritmos diferentes, lo que explica la diferente evolución de la protesta. Además, cabe subrayar que dicha perspectiva puede ir combinada con otras dos dimensiones de análisis de inspiración más interaccionista. La primera concierne el espacio militante, dado que las lógicas de competición entre organizaciones jugaron un papel primordial en los procesos de radicalización<sup>42</sup>. La segunda, muy en boga en Francia en los últimos años, examina el nivel microsociológico de las biografías de los militantes para entender los procesos individuales de radicalización que han llevado hasta la lucha armada. Moviéndose en este sentido, Lorenzo Bosi y Donatella Della Porta han desarrollado, a partir de veintiocho biografías recopiladas por el Instituto Cattaneo de Bolonia y dieciocho entrevistas realizadas por Diego Novelli y Nicola Tranfa-

<sup>41</sup> Datos del Ministerio del Interior recopilados en FIM-FIOM-UILM: *Repressione!*, Roma, Tindalo, 1970, p. 3. Estas cifras dan tanto la amplitud de la represión contra los huelguistas como la de los hechos que a éstos se les reprochan. Los mostramos aquí únicamente a título ilustrativo. Otras fuentes apuntan cifras todavía superiores.

<sup>42</sup> Este aspecto ha sido desarrollado en Isabelle SOMMIER: *La violencia revolucionaria...*, pp. 62 y ss.

glia, tres «recorridos»: ideológico, instrumental y solidarista<sup>43</sup>. Por mi parte, me he movido en la dirección opuesta: he intentado individualizar las razones que han determinado la interrupción del proceso de radicalización, siguiendo el principio de investigación de Howard Becker según el cual «en lugar de preguntarnos por qué los desviados quieren tener unas conductas que normalmente son desaprobadas, tendríamos que interrogarnos acerca de las razones de aquellos que, a pesar de tener tentaciones desviadas, siguen cumpliendo con las normas y no pasan a la acción»<sup>44</sup>.

Efectivamente, el privilegiar la mirada hacia los activistas que no dan el paso hacia la lucha armada aun siendo proclives a recurrir a la violencia, permite comprender las dinámicas de desmovilización y, con ello, de contracción de la «población desviada» (en la tipología de Becker); asimismo, permite examinar los factores que han conducido a una pérdida de fe y/o a una deslegitimación de la violencia. De esta forma, por un lado, se puede explicar el hecho de que el número de los «combatientes» efectivos ha sido mucho menor que el de los que han postulado la vía armada; por el otro, se pueden identificar las razones de la crisis política de los «grupos combatientes» y su progresivo declive. A propósito de la extrema izquierda francesa e italiana de los «años 1968», he distinguido tres factores que han frenado la radicalización de la trayectorias militantes: a nivel micro, la repulsa individual a la hora de adoptar efectivamente la perspectiva de haber de morir o matar; a nivel meso, el rechazo de la clandestinidad, ideológica y prácticamente asociada al recurso a la lucha armada, por parte de muchas organizaciones; a nivel macro, la «prueba de la realidad», es decir, la toma de conciencia de que el sujeto revolucionario, la clase obrera, no seguía la vanguardia.

[Artículo traducido por Luisa Marco Sola]

---

<sup>43</sup> Lorenzo BOSI y Donatella DELLA PORTA: «Percorsi di micromobilitazione verso la lotta armata», en Simone NERI SERNERI (ed.): *Verso la lotta armata...*, pp. 327-340.

<sup>44</sup> Howard S. BECKER: *Outsiders*, Nueva York, Free Press, 1963.